

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

SERMON

PARA LA DOMINICA DE SEPTUAGÉSIMA.

¿Quid statis tota die otiosi?

MATH. XX.

¡Porquè estais todo el dia ociosos?

Hemos tenido la dicha de ser llamados por Dios, padre solícito y amoroso de la familia humana, para trabajar todo el dia de nuestra vida en la mística vida de nuestra alma. Somos llamados á cultivar la voluntad con la caridad, la memoria con la esperanza y el entendimiento con la fé, y así como estas tres nobilísimas facultades elevan al hombre sobre todos los seres de la creacion, la fé, la esperanza y la caridad constituyen y forman al cristiano que es el hombre regenerado, el hombre restaurado, el hijo de Dios, rehabilitado por Jesucristo para vivir en la tierra

la vida de hijo y gozar en el cielo la herencia de los santos.

Habiendo explicado la excelencia y necesidad de la caridad y de la esperanza en los dos últimos discursos, voy á exponer hoy en términos tan breves como sencillos las excelencias y utilidades de la fé, raiz de la justificación, y fundamento necesario de toda la vida cristiana.

Para el mejor orden de la materia, y á fin de ponerla al alcance de todas las inteligencias, me ha parecido conveniente dividir este discurso en los tres puntos siguientes, 1.º, *verdadero concepto de la fé*, 2.º, *sus excelencias*, y 3.º *sus cualidades*.

Ya dijo Aristóteles que es muy fácil caer en errores lamentables cuando no se conocen la fuerza y significacion de las palabras. *Qui virtutes vocabulorum ignorant,*

de facili decipiuntur (1). También aconseja el Orador romano que para enseñar con claridad y convencer á los oyentes, es preciso anticipar la explicación del asunto, elegido para materia del discurso (2). Y S. Isidoro afirma que para formar idea exacta de las cosas es indispensable conocer bien sus nombres.

Siguiendo, pues, las prescripciones de esta razón filosófica, voy á exponer el verdadero concepto de la fé, considerada como virtud teológica; y dejando á un lado las varias acepciones de esta palabra, así como las diversas descripciones que han dado en sus obras inmortales los SS. PP. y las eminencias de la ciencia teológica, diré con S. Agustín que la fé es una virtud que nos inclina á creer las cosas que no se ven. *Fides est virtus qua creduntur quæ non videntur* (3). Las cosas que no vemos y que constituyen el objeto de la fé, son todas y cada una de las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia. Esta es la fé católica, el cuerpo de verdades reveladas, el símbolo de nuestras creencias, y se llama fé teológica el asentimiento que prestamos

á todas y cada una de las verdades del Credo católico, porque Dios las ha revelado, y la Iglesia que es infalible, nos las enseña en nombre de Dios para nuestra eterna salvación. El Apóstol de las gentes, maestro sublime de la fé, nos dá una idea exacta y cumplida de esta virtud, diciendo: *Fides est sperandarum substantia verum, argumentum non apparentium* (1). La fé es la sustancia de las cosas que esperamos, y argumento de cosas que no aparecen.

Expliquemos brevemente las palabras del Apóstol y tendremos una idea cabal de la fé y de sus grandes excelencias.

No quiere decir el Apóstol que la fé haya de colocarse en el predicamento de sustancia, sino que así como la sustancia es el sujeto natural y necesario de los accidentes y causa de su existencia, la fé es la raíz, el principio y fundamento de la vida sobrenatural. Todas las virtudes nacen de la fé, y así como la sustancia es el primer ente del cual dependen los demás entes, (2) y en todo género de causas es preciso llegar á un primer ente del cual descenden unidos como anillos de una cadena todos los demás entes que

(1) In libr. Ethic.

(2) In I. de Offic.

(3) Super Joan. Scrm. XXXIV.

(1) Ad Hebr. XI.

(2) Arist. 4. Meth.

pertenecen al mismo género, así en el orden de las virtudes la fé es la primera, es la vida á la sobrenatural lo que la sustancia á los accidentes, de los cuales enseña la filosofía que no pueden existir naturalmente ni aun concebirse sin la sustancia. *Accidens nullum erit, substantia non existente.* (1)

Por eso es imposible, según el Apóstol, agrandar á Dios sin la virtud de la fé. Por eso dice San Agustín que la fé es fundamento de todas las obras meritorias, y sin ella ninguno de los mortales puede aspirar á la incomparable dignidad de hijo Dios ni á la gloria inmortal de los bienaventurados.

(2) Y el Crisóstomo afirma que es el primero y solidísimo fundamento de la Religión y de todas las virtudes. Todo el mérito, toda la gracia, toda la virtud, toda la gloria que hemos de recibir, dice San Agustín, procede de la sustancia de la fé, y en ella tiene su fundamento. Es el fundamento firmísimo de los creyentes y la sustancia de su vida sobrenatural que de ella se nutre y por su virtud se acrecienta y perfecciona como la flor de su tallo, como la planta de su raíz, como la raíz de la tierra. (3)

Y no solo es la fé la raíz de todo mérito, el fundamento de toda virtud y la sustancia de las cosas que esperamos, sino el argumento de las cosas invisibles, la luz que nos muestra con absoluta certidumbre las verdades ocultas, superiores á nuestra razón é inaccesibles á toda investigación científica. *Argumentum non apparentium.*

Llábase argumento la fé teológica en el sentido de que arguye, ilumina y mueve el espíritu humano á creer como verdadero lo que para él está oculto. Porque así como las premisas en el silogismo engendran el conocimiento de la conclusión, toda vez que la luz de las premisas ilumina las consecuencias, (1) así la fé nos muestra las verdades invisibles con tal certidumbre que nos obliga á creerlas y aceptarlas como cree y acepta el filósofo los primeros principios de la ciencia natural, que nadie discute, y todos aceptan, que no se prueban porque son indemostrables, que se iluminan con su propia luz y se imponen á la razón humana con fuerza tan suave como irresistible para ser como otros tantos faros suspendidos en las alturas sagradas del alma, que nos conducen en nuestra pe-

(1) Arist. in 1. Phisi.

(2) De fide ad Petrum.

(3) S. Dionys. in sent.

(1) Arist. 1.º Poster.

ligrosa navegacion por este mar del mundo que hierve en tempestades á la posesion de la verdad, necesario y adecuado alimento de nuestro espíritu y vida necesaria de las generaciones.

Ved ya con cuánta razon ha dicho el Apóstol que la fé es argumento inconcuso de las verdades que no aparecen, que no se ven, dándonos en sentencia tan profunda como luminosa el verdadero concepto de la fé. Ahora conocemos el mundo sobrenatural oscuramente, como por medio de un espejo, y por enigmas; no tenemos la clara vision de las cosas pertenecientes al otro mundo, porque la fé y la vision no pueden coexistir en nuestro entendimiento acerca de un mismo objeto y bajo el mismo respeto. *Fides non habet meritum ubi humana ratio præbet experimentum.* No tendria mérito nuestra fé si comprendiésemos las verdades sobrenaturales que son su objeto, revelado por la inteligencia infinita á nuestra limitada inteligencia por un rasgo de su inmensa caridad que no agradece nuestra soberbia. La fé tiene por objeto lo invisible, lo incomprendible, lo infinito y eterno que nuestra razon conoce por la luz de la fé, pero que no puede comprender por su propia virtud.

Por lo cual dice San Agustín: *Præsentia videntur, et creduntur absentia.* (1)

Esta es la fé cuyas *excelencias* son inefables, cuyas utilidades no sabemos agradecer, cuyos frutos podrian hacernos ricos y felices si fuésemos diligentes en cultivar sus fecundos gérmenes. Pero ¿no es cierto que muchos cristianos merecen el reproche evangélico, dirigido á los ociosos por el Padre de familias? *¿Quid statis tota die otiosi?* No hay virtud mas excelente, no hay ciencia tan sublime, no hay mas rico tesoro, ni excelencia tan superior, ni dignidad tan incumbrada como la fé católica, afirma San Agustín (2). No hay nobleza mayor en el mundo que la nobleza de esta fé que levanta el espíritu humano á las inaccesibles alturas de lo infinito y le ofrece una silla de oro á la diestra del Rey inmortal de los siglos, como se expresa San Bernardo. No hay excelencia comparable á la filiacion divina, y está escrito que la fé nos hace hijos de Dios (3).

La vida del hombre, dice San Jerónimo, es una lucha sin tregua, y el mundo un estadio. *Stadium, et pugna est hæc vita mortali-*

1 In lib. de vid. Deo.

2 In lib. de verbis Domini.

3 Ad Galat: III.

bus (1). Mil enemigos nos combaten; el mundo, el demonio y nuestra propia carne conspiran contra nuestra alma, y es preciso luchar, porque sin lucha no hay victoria, sin victoria no hay corona. ¿Quién nos dará fuerzas, armas y escudos para defendernos de tantos y tan poderosos adversarios? La fé, porque está escrito: los que han nacido de Dios por la fé á la vida cristiana, vencen al mundo, y esta es la victoria que derrota al mundo, nuestra fé (2).

Esta es la fé que justifica al pecador que perfecciona al justo, que fortifica al débil, que adiestra al combatiente, que consuela al atribulado, que guía al caminante y le abre de par en par las puertas del cielo, lugar de su eterno descanso.

Pero esta fé ha de tener *ciertas cualidades*, indispensables para que sea saludable, fecunda y salvadora. Ha de ser íntegra, de tal manera que creamos firmemente y defendamos sin vacilaciones todas y cada una de las verdades reveladas por Dios, todas y cada una de las doctrinas enseñadas por la Iglesia y los Romanos Pontífices, así como la integridad de nuestra fé ha de

ser tal que condenemos y detestemos de palabra y de corazón todos y cada uno de los errores condenados por la Iglesia, madre y maestra de los hombres y de las naciones. El que quiera llamarse católico y aspirar á su eterna salvación, dice el Símbolo de San Atanasio, es necesario que tenga la fé católica, *íntegra total é inviolable*. El que guardare toda la ley, y faltare *in uno*, en un solo artículo, como expone San Buenaventura, *factus est omnium reus*, se hace reo de todos los demás artículos de nuestro símbolo. (1). Y San Agustín os dice que aun creyendo todas las verdades y guardando todos los bienes de la fé, si negais una sola de aquellas verdades, la justicia de Dios os juzgará con tanto rigor como si las hubieris negado todas (2).

La fé ha de ser viva, es decir, animada por la caridad. La fé sin obras está muerta. El verdadero católico obra como cree y toda su vida es el reflejo de su fé. Decir con la boca que somos cristianos y obrar luego como paganos, es una blasfemia horrenda. ¿Cómo dirán que tienen fé los avaros, los usureros, los que tienen puestos los ojos y el

1 Ad Eustoch.

2 Joan. V.

1 Jacobi, II.

2 In. lib. de moribus Ecclesie.

cerazon en la ganancia, en el tanto por ciento, en la cotización de la bolsa y todo lo sacrifican al acrecentamiento de su capital? ¿Dónde está la fé de esos hombres que desdeñan la piedad, que no confiesan ni comulgan y viven como si no hubiera justicia en el cielo, pronta á castigar su ociosidad, sus desdenes y sus menosprecios? ¿Qué fé es la de esos hombres que cultivan con afán los dones de la tierra y nada hacen para santificar el campo de su alma, cubierto de espinas y malezas, á causa de su abandono y ociosidad? Esa fé es una fé muerta, esa fé, en vez de salvarlos, servirá para condenarlos. La fé no solo ha de ser íntegra y viva sino también activa, incontrastable y fervorosa. Hemos venido á este campo del mundo á trabajar en esta viña de la Iglesia, plantada por la mano de Dios, y regada con la sangre de su Hijo. Cada uno recibirá según su trabajo. Atesorad obras buenas en el tiempo si quereis cosechar en días eternos. Vivimos en tiempos lamentables. Es tiempo de obrar, dice el Real Profeta, porque los impíos, los malos se multiplican, y combaten nuestra fé, ultrajan la ley de Dios, y maquinan la destrucción del santo y majestuoso edificio de la Iglesia.

No se diga que los hijos de las tinieblas son más activos y fervorosos que los hijos de la luz. Luchemos nosotros con varonil esfuerzo por la gloria de Dios, por el depósito incorruptible de nuestras creencias y por la salud eterna de nuestras almas.

Que no tiemble nuestra fé ante la osadía de los incrédulos, ni sea parte á separarnos del amor que hemos jurado á Jesucristo la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni las cárceles, ni los destierros, ni la seducción, ni las lisonjas, ni las pérdidas, ni las ganancias, ni la ignominia, ni los honores, antes bien protestemos á la faz de este mundo entregado al error y á las pasiones de ignominia que estamos dispuestos á perder la vida antes que renunciar á la integridad de nuestra fé, antes que ofender á Jesucristo, Salvador y Glorificador de los creyentes, Amen.

— ❦ —

NUESTRA SEÑORA DE LA FAMILIA.

—

LEYENDA.

Amel el pastor y Fenora la rubia, su mujer, vivían en la parroquia de San Viñol, hoy anegada, en la habia de Caucale.

Fenora era buena y bonita. Amel fuerte y bueno. El llevaba la imagen de la Virgen en la

procesion del 15 de Agosto. No tenían hijos, y esto les entristecía.

Cierto día que Amel volvía pensativo del monte, encontró á Fenora llorando; y comprendiendo el motivo le dijo:

—Querida mía, teje un hermoso velo á la Virgen María; ya verás como en recompensa te envía un angelito á tu cuna para que lo mezas.

¿Pero cuándo ha discurrido un hombre una cosa ántes que su mujer? Fenora tenía ya tejido el velo, mas blanco que la nieve y tan trasparente como las nubes de verano.

La Iglesia de San Viñol era riquísima, porque las gentes del país la colmaban de regalos; pero al ver aquel velo precioso que había allí puesto la piedad, se alegró y lo aceptó. Amel y Fenora tuvieron un niño, y la dicha se mecía en su cuna.

Quando cumplió el niño nueve días, Fenora, que aún estaba débil, le cogió en sus brazos y le llevó al altar de la Virgen.

—María—dijo arrodillándose—hé aquí la alhajita que me habeis dado. Os la devolvemos ¡oh Madre!; sea para Vos, y que crezca vestido con vuestro traje celeste. ¡Miradle, Virgen bendita! le hemos llamado Raul, como se llamaba el padre de su padre. Miradle bien, para que le conozcáis el día que os necesite.

Amel respondió:

—Así sea.

Y el niño creció, vestido siempre con los colores celestes.

No se sabe si á causa de los pecados de los feligreses de San Viñol, ó á causa de los de otras parroquias de la costa, una noche de horrible desgracia el río creció como la leche hirviendo que se escapa del vaso; el viento soplaba, la lluvia caía y la tierra temblaba; toda la llanura estaba cubierta de agua, y al amanecer se vió que no era el río el que se desbordaba, sino el mar.

Llegaba sombrío, impetuoso, revuelto. Rotas las barreras con que Dios detenía sus impetus, llegaba; pero no ya como mar, sino como diluvio.

La iglesia de San Viñol estaba situada en una altura. Los inundados se refugiaron en ella; pero Amel y Fenora se quedaron en la puerta de su casa, mas alta aun que la iglesia.

Quando les llegó el agua á la pierna, subieron al primer piso con el pequeño Raul; cuando llegó allí el agua, subieron al techo; pero también allí les siguió.

—Marido mio,—exclamó Fenora—alabado sea Dios; todos vamos á morir juntos.

—No—respondió Amel.

—¡Cómo! ¿Piensas abandonarnos?

El agua le tocaba ya; entonces añadió poniéndose en la punta del tejado:

—Coge á nuestro hijo, súbete con él encima de mí, que yo te ayudaré; pon tus piés en hombros y tente firme.

Fenora comprendió y se echó á llorar.

—¡No! ¡eso nunca!—exclamó.

—Date prisa, lo mando—dijo el padre. — Salvemos al niño, sosteniéndote sobre mí, durarás un instante más, y quizá se detenga el agua. Adios, mujer mia; si muero y te salvas, dile que se acuerde de su padre.

Ferona obedeció, y cuando subió á los hombros de su marido, el agua cubrió la cabeza de éste.

Fenora, exhalando el corazón por los ojos, agarraba al niño. Cuando el agua llegó á su cintura, elevó el pequeño Raul, y despues de estrecharle contra su pecho, le dijo:

—Súbete encima de mí; pon los piés sobre mis hombros, y tente firme.

—¡Oh madre,—dijo el niño—no, no!

—Date prisa, lo mando; quizás el agua se detenga. Sosteniéndote sobre mí quizá dures un instante más, y si te salvas me alegraré infinito. Adios, hijo mio; corazón mio, acuérdate de tu padre y de tu madre.

No habló mas porque el agua le tapó la boca.

Sólo quedó por cima de las olas la rubia cabeza de Raul y un pliegue de su traje azul que flotaba sobre las aguas.

Pero en aquel instante la Virgen de Viñol salía de la Iglesia por la ventana mas alta, abandonando su pedestal anegado para huir al cielo. Llevaba consigo todas sus ofrendas que habia recibido.

Al emprender su vuelo, vió la cabecita de Raul y el pliegue azul de su vestido. La Virgen se detuvo y exclamó:

—Ese niño es mio; quiero llevarmele tambien.

Y en efecto, le cogió por los cabellos creyendo llevarsele fácilmente; pero el niño pesaba tanto que la Virgen tuvo que soltar todas las ofrendas para cogerle con ambas manos.

Cuando dejó todo, telas, coronas y alhajas, pudo levantar al niño; y comprendió por qué pesaba tanto. Su madre Fenora le agarraba con sus dedos moribundos, y el padre con sus dedos crispados agarraba á la madre.

—¡Oh—Dijo la Virgen contenta y conmovida al ver aquel racimo de corazones—qué cosas tan hermosas hace Dios en la tierra!

Y en un pliegue de su manto estrellado puso al padre con la madre y el niño, tres amores en uno, pues que no tienen mas que un nombre, *la familia*, nombre bendito en la tierra y en el cielo.

Esta historia se cuenta entre Cacale y Pontorson, ambos colocados frente al monte San Miguel.—*Paul Feval.*

VARIETADES.

SONETO.

No me llameis el *ex*, por caridad.
 Despues que lo aceptó la Convencion:
 Debe la Europa á Francia la invencion,
 Y Fué su primer fruto la *ex-piedad*.
 Siguióse *ex-Rey*, *ex-Reina*, *ex-sociedad*,
Ex-Papa, *ex-Cura*, *ex-culto*, *ex-devcion*,
Ex-fraile, *ex-monja*, *ex-templo*, *ex-religion*.
Ex-trono, *ex-altar*, *ex-cristiandad*.
 Mira si el *ex* que tú me llamas hoy
 Un *ex* fatal para la Francia fué.
 Otro menos fatal buscando voy,
 Y de encontrarlo tengo viva te,
 Pues me parece que escuchando estoy
Ex-Paris, *ex-nacion*, *ex-liberté*.